

ADIOS A ÍTACA

*Desea que sea largo el camino.
Que sean muchas las mañanas estivales
en que con qué alegría, con qué gozo
arribes a puertos nunca antes vistos,
detente en los emporios fenicios,
y adquiere mercancías preciosas,
nácares y corales, ámbar y ébano,
y perfumes sensuales de todo tipo,
cuántos más perfumes sensuales puedas,
ve a ciudades de Egipto, a muchas,
aprende y aprende de los instruidos [...]
Ítaca te dio el bello viaje.
Sin ella no habrías emprendido el camino.
Pero no tiene más que darte.
(Ítaca. Constantino Cavafis)*

M^a de los Ángeles Villarreal Jiménez

Canto I: El rey lotófago.

Nada es como te vaticinaron el día de tu boda. Todas aquellas promesas regaladas como votos para la nueva vida, se han ido diluyendo en el goteo de los días como el azúcar en la leche caliente. Y no dejas de preguntarte dónde fueron los besos dulces que te erizaban la piel, las largas charlas nocturnas, con una copa de vino rojo como único vestido, en las que planeabais viajes asombrosos a los confines del mundo. Dónde los días en los que Ulises construía aventuras y navegaba mares con solo mover los labios, tiempos en los que Ítaca tan solo era un pequeño refugio destinado al amor. Pero todo lo que soñaste se ha desvanecido al tiempo que el pequeño reino de Ulises ha ido tomando consistencia hasta convertirse en la tierra donde hunde sus raíces. Ítaca crece y su rey la adaptaba a su acomodo.

Desde esos primeros momentos hasta hoy, tu necesidad de volar se ha ido aplazando inevitablemente: por la cuadratura laboral de los horarios, por los hijos y el consiguiente arresto domiciliario, por la necesidad de ampliar

el invernadero donde, Ulises, cultiva su independencia y las flores de loto con las que se alimenta y con las que ha ido olvidándose de sus propósitos y de ti. Cada día, tras volver del trabajo se encierra en su rincón exclusivo y enciende las ventanas donde se abren mundos deportivos y virtuales poblados por escenas capturadas y ciberamantes, brujas y ninfas, tan aisladas en sus islas como él. Te revelas y le das un ultimátum, pero Ulises se niega a dejar el reino que se ha construido y tú huyes de Ítaca en el primer avión que dispone de un pasaje libre.

Canto II: El reino de Polifemo.

Aterrizas en una ciudad partida: *The old town, The new town*, en plena celebración nacional. Te fundes con el alegre gentío dispuesta a divertirte, pero acabas huyendo, agobiada por las actividades destinadas a los turistas, para seguir a un grupo de nativos que acaban entrando en un bar apartado de los circuitos para visitantes. Te sientas en un rincón estratégico desde el que divisas todo el local y mientras tomas la bebida autóctona contemplas a los ruidosos parroquianos festejando alegres. Llama tu atención un gigante pelirrojo de mirada añil y salvaje, que luce orgulloso en su nacional atuendo la cuadrícula identificativa de su clan. Sus ojos al sentirse observados deciden jugar con los tuyos al escondite, pero pronto se cansa del infantil esparcimiento y, dejando a sus acompañantes con una excusa somera, se acerca a ti. Soy Penélope la viajera –le susurras coqueta a modo de presentación. Esa noche acabáis en la habitación de tu hotel. A la mañana siguiente se ofrece a ser tu guía en su tierra y como a ti te agrada su compañía más de lo que quieres reconocer, decides ir con él. Os trasladáis a su casa, un lugar hermoso, acogedor y antiguo rodeado de pastos donde corretean cientos de ovejas, es un anfitrión encantador y atento a tus deseos. Recorréis el país visitando lagos de monstruos legendarios y

castillos llenos de espectros añejos aprendiendo sus nombres en la antigua lengua de tu amante. Él hila para ti la suave lana de sus ovejas y decides tejer un jersey que cuando roce tu piel, rememore las delicadas caricias de sus grandes manos de dedos interminables. Mientras te afanas en la labor, le juras tajante que cuando la termines te marcharás, pero lo que tejes de día acabas deshaciéndolo por la madrugada, después del amor y los besos. Pero inevitablemente llega el día en el que el cansancio de estar anclada vuelve a invadirte, así que rauda tricotas el jersey hasta terminarlo. Ya no hay excusa, es la hora de la partida. Él se resiste pero tiene que acabar cediendo ante tus argumentos. Después del último beso de despedida te pregunta si volverás algún día ¡Quién sabe! –le respondes enigmática.

Canto III: La isla de los tritones

Arribas a una hermosa isla rodeada de aguas apacibles y turquesas, de casas blancas deslumbrantes de sol, con puertas y ventanas pintadas de azul intenso. Disfrutas de su hospitalidad y su alegría y acudes emocionada a bañarte a sus playas bastionadas de altos acantilados. En ellas jóvenes bronceados retozan en ese mar que les impregna ojos y boca desde el nacimiento. Son hermosos, seductores e irresistibles, de sus gargantas y lenguas manan palabras sólo por ellos conocidas, capaces de hechizarte sin remisión. Pero tú, que conoces su leyenda y no quieres sucumbir a sus encantos, cierras los ojos y tapas tus oídos para evitar la tentación que se enreda en sus caderas desafiantes, sorteas su embrujo e impides que te devoren y arrojen tus restos a los escollos.

Canto IV: La ínsula feacia.

Te siguen persiguiendo el mar y los paraísos mínimos, pues tu siguiente parada es una tierra fragmentada en archipiélago y poblada por

descendientes de dioses. Y como vuelven a acosarte los grupos de turistas de viaje organizado y cámaras grillo, huyes de nuevo para encontrar la realidad que nunca se ve en los folletos. Visitas sus campos de vides feraces, de olivos viejos, de limoneros y naranjos de fruto brillante y sabroso. Y compartes con sus gentes su gastronomía atractiva y mediterránea.

Trabas amistad con una joven hermosa y dulce que te regala un vestido hecho con sus propias manos, sencillo y precioso como la tierra que pisas, como la artesana que te lo regala. Después te conduce por la capital y sus tesoros: iglesias bizantinas y latinas, ruinas de templos griegos y romanos, fortalezas venecianas..., y en cada uno de ellos hay una historia secreta que su sabiduría antigua conoce. Una noche, tras una cena bañada con vinos de sangre a la luz de la luna, confiesa que te ama, y tú que no puedes sentir más que fraternidad por ella, la consuelas convenciéndola para que te olvide.

Canto V: La soledad de Ulises.

Se ha ido a pesar de tus argumentos, de tus ruegos y amenazas. Se ha ido y te ha dejado varado en la isla y al cargo de todo. Al principio, enfadado por su negativa a quedarse, por huir a pesar de tus razones para que continuara en Ítaca, te has encerrado en tu refugio de cristal ignorando todo lo que no fuera tu rutina, pero las necesidades del reino te han arrastrado, con su fuerza centrífuga, al caos en que se ha convertido Ítaca desde que Penélope se alejara. La has llamado suplicante para que te sacara del infierno y ella ni si quiera ha contestado a tus llamadas o mensajes y eso te ha sacado de tus casillas, así que cambiando de táctica has recurrido al chantaje, pero tampoco te ha servido de nada. Por fin derrotado, has decidido tomar las riendas de tu hogar y has tratado de devolverle la calma, pero todo se

complica. Te sorprende la capacidad de Penélope para que cada cosa funcione sin sobresaltos, gritos, ni catástrofes.

Cuando terminas la jornada, laboral y doméstica, estás tan agotado que ni los eventos deportivos, ni el reclamo tentador que te lanzan tus amantes virtuales es capaz de arrancarte del lecho sobre el que caes rendido, añorando el calor y el olor de Penélope.

Tras días y días en soledad asumes que ella puede que no vuelva, pero esa certeza no te hace cambiar de opinión, pues sigues obcecado en continuar en tu reducido paraíso. Y aunque en algún momento has pensado salir a buscarla, tu indiferencia hacía el mundo exterior te hace inmediatamente desistir de la idea.

Canto VI: Descenso al Hades.

Pero no deseas que todo en tu ruta sea hermoso, feliz y hedonista, así que decides ocupar el resto de tu tiempo de libertad en ayudar a los desposeídos. Viajas a un país depauperado por la guerra y las epidemias, donde cualquier ayuda, cualquier consuelo es recibido con agradecimiento. Les entregas lo que tienes y les escuchas, te asombra su serenidad a pesar de las desgracias, su capacidad de ser feliz con cosas nimias a las que regalan imaginación y aprecio. Lloras con sus pérdidas y ríes con sus alegrías y permaneces junto a ellos hasta que tu espíritu reconfortado considera llegado el momento de la partida.

Canto VII: Regreso a Ítaca:

De pie frente al panel de salidas comienzas plantearte si no es el momento de regresar a tu isla, pues te sorprendes echando de menos Ítaca: sus suaves días, sus apacibles noches, las risas de tus hijos e incluso las caricias de Ulises. Él durante todo tu periplo ha estado enviando mensajes, que a veces

respondías o no y realizando llamadas, que a veces contestabas o no. Ha evolucionado del enfado ciego y el chantaje emocional a la humildad y la súplica.

Por fin compras el billete que te llevará a tu patria, cuando vuelves a pisar su suelo, Ulises no te reconoce porque has cambiado, estás morena, hermosa e irradias seguridad, madurez y encanto. Cuando él descubre lo que el viaje ha hecho en ti algo dentro de su cabeza se ilumina. Volvéis a vuestra casa con la intención de empezar de nuevo, pero tú pones tus condiciones: siempre estará la puerta abierta, porque Ítaca no tiene más que darte, sólo un hermoso viaje, con Ulises o sin él.